

Los expertos en economía y las ideas neoliberales sobre la democracia latinoamericana.

Morresi Sergio.

Cita:

Morresi Sergio (2010). *Los expertos en economía y las ideas neoliberales sobre la democracia latinoamericana*. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/836>

Las ideas y las prácticas neoliberales sobre la democracia latinoamericana

Sergio Morresi (UNGS-CONICET)

Resumen: El presente trabajo intenta mostrar de qué modo las ideas neoliberales impusieron una baja calidad democrática en Argentina y Brasil. Para ello se pasa revista a las diferentes formas de analizar al neoliberalismo y se muestra por qué un análisis de las ideas neoliberales es productivo. Luego se brindan elementos para mostrar de qué modo las ideas neoliberales exigen la presencia política de expertos en economía que actúen “por fuera” de la política. Finalmente se expone cómo el accionar de esos expertos neoliberales son perjudiciales para la calidad de las democracias.

El neoliberalismo es la forma ideológica propia de una fase del capitalismo que Harvey (2003; 2005) llama “acumulación por expoliación”. Se trata de una etapa en la que la “acumulación primitiva” que teorizada por Marx en *El Capital* se da de forma sistemática y recurrente a través de la privatización de bienes públicos, la financierización de los recursos, la creación y manipulación de crisis y la redistribución (negativa) dirigida por el Estado. Como otras ideologías, el neoliberalismo funciona como justificador de prácticas, pero no se agota en ese rol. No se trata apenas de una forma de enmascarar intereses o de una perspectiva puramente economicista, pues si bien es cierto que las políticas neoliberales se impusieron mediante la puesta en juego de argumentos técnicos, los mismos no se encontraban “flotando en el aire” sino asentados sobre una perspectiva ético-política que llevaba décadas desarrollándose. El objetivo de este trabajo es brindar algunos elementos para comprender ese desarrollo tanto en el nivel teórico como en el práctico. Para ello, (1) comenzaremos con un muy breve estado de la cuestión. Luego, (2) expondremos por qué el neoliberalismo exige desde la misma teoría el accionar de expertos que se desempeñan por fuera del control democrático. Más adelante (3) mostraremos el impacto que esta falta de control acarrea en la calidad de la democracia. Por último (4) arriesgamos breves conclusiones sobre el tipo de democracia implicado en el modelo neoliberal.

1. ¿Por qué es importante centrarse en las ideas neoliberales para entender sus prácticas?

La construcción de la hegemonía neoliberal en la Argentina ha venido siendo estudiada desde comienzos de los años ‘90 desde distintas perspectivas. Desde la visión economicista imperante en los organismos multilaterales de crédito (Krueger 1992; Krueger 2000) se puso el acento en el agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) a mediados de los años ‘70 y en su reemplazo “natural” por un modelo neoliberal que se supone más ventajoso para el crecimiento económico argentino. Esta línea de trabajo presenta algunos problemas: primero, hay elementos que permiten dudar del agotamiento temprano de la ISI (Basualdo 2006); segundo, aún cuando efectivamente la ISI y la economía de *stop & go* estuvieran llevando a la Argentina a una encerrona, la elección del modelo neoliberal (y la forma que adquirió en América Latina) no parece obvia a menos que se tomen en cuenta cuestiones políticas ausentes en esta interpretación, que además ayudarían a explicar por qué ni los gobiernos dictatoriales ni el primer gobierno democrático fueron enteramente consistentes en la adopción del neoliberalismo (Brennan 2007).

Un segundo conjunto de trabajos, enmarcado en la línea estado-céntrica (Evans, Rueschemeyer and Skocpol 1985), muestra el importante rol jugado por políticos y por el personal burocrático en la implementación de ideas neoliberales (Geddes 1997; Geddes 1991). Pero esta perspectiva, aunque ha mostrado interesantes progresos explicativos a partir de casos comparados, presenta el mismo

inconveniente que la visión economicista, pues no problematiza la elección de las políticas neoliberales y supone *a priori* que las mismas son necesarias.

En buena medida, como respuesta a las miradas anteriores, algunos especialistas (Horowitz 1985; Griesgraber 1994) han hecho hincapié en el rol jugado por los organismos multilaterales de crédito y por las empresas multinacionales respaldadas por el gobierno de los Estados Unidos de América para imponer, de acuerdo con sus propios intereses, el modelo neoliberal de reformas a países económica y/o políticamente débiles como la Argentina. Esta corriente explicativa también presenta problemas: por un lado, se acerca peligrosamente a visiones conspirativas con sus consabidos problemas lógicos y metodológicos; por el otro no es capaz de explicar las diferencias en lo que respecta al *timing* de las reformas neoliberales en distintos países latinoamericanos (O'Neil Trowbridge 2001).

Justamente tratando de resolver los inconvenientes de las perspectivas exógenas, se han realizado estudios que centran su mirada sobre las instituciones políticas internas y muestra cuáles fueron las condiciones que guiaron a los actores en la adopción de planes neoliberales (Acuña 1994; Acuña 1995; Palermo and Novaro 1996; Novaro and Palermo 2004); estos trabajos presentan la ventaja de mostrar la forma en la que la política neoliberal se convirtió “alternativa única”, pero no pueden explicar por qué el neoliberalismo llegó a ser un camino válido ni que impidió que otros discursos se le enfrentaran con éxito en la disputa por el armado de la agenda político-institucional de las jóvenes democracias latinoamericanas.

Finalmente, hay estudios enfocados a partir de las propias ideas neoliberales cuya presencia hegemónica se busca explicar. Algunos (Boron 2000; Boron 1997; Gambina 2001) se enfocan en una crítica teórico-política de las propuestas neoliberales. Otros, en cambio, (Campbell and Pedersen 2001; Plehwe, Walpen and Neunhöffer 2005) tratan de dilucidar la dinámica que llevó a la hegemonía del pensamiento neoliberal. Finalmente, hay estudios que se centran en las dinámicas de ciertos actores (los “expertos en economía”¹) que impulsaron en la agenda política latinoamericana la implementación de las ideas neoliberales (Heredia 2004; Heredia 2006; Valdés 1995). Pensamos que hay dos motivos por los que las investigaciones con respecto a la forma en que el neoliberalismo se impuso en la Argentina y en otros países de la región deben tomar como base a este último grupo de iniciativas. En primer lugar, las ideas neoliberales tienen bases teóricas que las hacen especialmente compatibles con las reformas comandadas por expertos en economía. Por el otro, la labor de esos actores no se ha limitado a la investigación o a la implementación de políticas neoliberales, sino que ha sido -casi principalmente- la de difundir y enmarcar esas ideas de un modo tal de hacer ineludible su puesta en práctica. En las páginas que siguen trataremos de profundizar sobre los dos puntos que acabamos de señalar. En la segunda parte, mostraremos de qué modo las visiones neoliberales exigen teóricamente el protagonismo político de los expertos. En la tercera, mediante un breve repa-

¹ Existe un debate terminológico (y a la postre metodológico y teórico) sobre los conceptos que la literatura especializada emplea para referirse a los “expertos en economía” que impulsaron el neoliberalismo. Nos hemos inclinado por la expresión expertos en economía porque es la que emplean mucho de los propios actores y porque pensamos que cada uno de los términos utilizados comúnmente (“tecnócratas”, “expertos”, “técnicos”, “ideólogos”) resultan poco felices para describir al grupo extremadamente heterogéneo sobre el que queremos centrar nuestra mirada. No se trata propiamente de “economistas expertos”, pues varios de estos “gurúes” (como los llamó la prensa argentina durante los años noventa) no eran en realidad personas formadas académicamente en su área de intervención ni fueron llamados a intervenir en política económica por sus conocimientos en la materia. Tampoco son tecnócratas en el sentido habitual del término (el de afirmar su capacidad de mando en sus conocimientos), ya que varios de ellos gozaron de capital estrictamente político antes de asumir cargos “técnicos”. Por último, no se trata tampoco sólo de ideólogos, ya que su labor fue mucho más allá de profesar o defender una cierta perspectiva económico-política.

so sobre el accionar del neoliberalismo en Argentina y Brasil, arriesgamos la hipótesis de que este protagonismo requiere que los expertos no se limiten a un rol técnico, sino que avancen con claridad hacia el campo político y que ello tiene consecuencias graves para la calidad de la democracia.

2. La Teoría neoliberal, los expertos y la democracia.

A pesar de los desacuerdos entre las distintas perspectivas, parece existir consenso en que el neoliberalismo y los expertos en economía se implican mutuamente. Los promotores del consenso de Washington afirmaron que la unión era natural, ya que las burocracias se habrían limitado a aceptar lo que a todas luces era correcto y aceptado por la academia (Williamson 1994). Analistas más críticos sostuvieron que había profundos lazos de trayectorias y -consecuentemente- una comunidad de intereses entre los expertos en economía y las elites financieras y políticas (internas y externas) que se veían beneficiadas por las reformas neoliberales (Mosley, Harrigan and Toye 1995; Stiglitz 2002; Valdés 1995). No obstante, en este apartado quisiéramos llamar la atención sobre otra dimensión de la relación entre el neoliberalismo y la política de expertos que ha sido señalado por Miguel Centeno (1998; 1993): pareciera que existen elementos teóricos dentro de los planteos neoliberales que, a la hora de difundir o implantar reformas, requieren la acción protagónica de expertos en economía más que de políticos o técnicos en sentido estricto.

En trabajos anteriores (Morresi 2008a; Morresi 2008b) nos hemos referido a la multiplicidad de corrientes internas que componen la visión neoliberal. Básicamente digamos que pueden distinguirse cuatro vertientes principales dentro del neoliberalismo: la Escuela de Austria (o de Viena), la Escuela de Chicago (conocida como monetarismo), la Escuela de Virginia (que contiene la Teoría de la Elección Pública) y el Libertarianismo (*libertarianism*). A pesar de sus muchas diferencias, todas estas corrientes comparten al menos tres rasgos característicos que las hacen particularmente proclives a otorgar protagonismo político a los expertos: 1) una percepción negativa de la igualdad socioeconómica, 2) una perspectiva instrumental (o incluso negativa) de la democracia y 3) la idea de que las economías contemporáneas no pueden basarse en el *laissez faire*, sino que deben admitir un rol central del Estado para que funcione como regulador y colaborador de un mercado en el que impera el *laissez passer*.

2.1. La desigualdad frente a la igualdad.

La desconfianza con respecto al objetivo de alcanzar la equidad social es compartida por todas las visiones neoliberales. Para la Escuela Austriaca, (von Hayek 1976) el concepto mismo es un “espejismo peligroso”; para el libertarianismo (Nozick 1991), se trata de un intento de aplicar un padrón de justicia paternalista; para la Escuela de Virginia (Buchanan 1975), se trata de una política “predatoria” que podría poner en riesgo todo el sistema institucional de una sociedad libre. Sin embargo, la vertiente que ha ido más lejos en este sentido es, sin dudas, la Escuela de Chicago, pues no se limitó a caracterizar negativamente a cualquier intento de igualdad que trascienda la jurídico, sino que además sostuvo que lo opuesto, es decir la desigualdad, era una meta deseable para un orden social moderno.

Pese a tener diferencias metodológicas con la Escuela de Austria (que se basaba en un método axiomático-deductivo en lugar de uno inductivo como el propuesto por Friedman (1999)), los chiguinos, al igual que sus pares austriacos llegaron a la conclusión de que la intervención del Estado en la economía podía ser perjudicial para el desarrollo económico y para las libertades civiles. Sin embargo, a diferencia de Mises o Hayek que suponían por principio que toda intervención gubernamental encerraba peligros, los economistas de Chicago creían que había algunos tipos de intervención más nocivos que otros. Por ejemplo, para ellos, las reglamentaciones sobre el salario mínimo, la enseñanza pública y el control de los precios de los alquileres son más preocupantes que

los impuestos extraordinarios para gastos concretos como, por ejemplo, los gastos en “defensa” (Friedman and Director Friedman 1984). Y ello porque los gastos llamados “sociales” podían llevar a graves consecuencias: la emisión monetaria inflacionaria y la existencia de un sistema de seguridad social “de la cuna a la tumba”.

Sobre el problema inflacionario volveremos enseguida (cf. *infra* 2.3.). Ahora importa subrayar que la preocupación de Friedman con respecto a la seguridad social, se debía más a sus consecuencias culturales de largo plazo que con los posibles efectos sobre la masa monetaria. En efecto, para Friedman, la idea (a su entender populista) de una protección de la cuna a la tumba minaba la base misma del sistema capitalista que se basa en incentivos diferenciales por el mérito y el esfuerzo. Para el capitalismo, sostenía Friedman, la desigualdad es el eje dinámico de las sociedades, porque una situación donde algunos pueden tener mucho más que otros ofrece estímulos para que todos compitan por llegar a los lugares más elevados. En cambio, una sociedad que se proponga generar condiciones de equidad, o incluso una sociedad inequitativa que ofrezca una malla de protección demasiado robusta, pone en peligro la dinámica competitiva y de innovación que es la base del capitalismo. Así, en lugar de buscar reducir la desigualdad, habría que desestimular los impulsos igualitaristas impuestos por la izquierda y generar en cambio un entramado que permita expandir el tradicional sistema de “palos y zanahorias” implicado en el mercado (Friedman and Director Friedman 1985; Friedman and Director Friedman 1984).

De todos modos, para Friedman, no se trata no tanto de oponer igualdad a desigualdad, sino de percibir que la igualdad “bien entendida” no implica la igualdad social (en el sentido de igualdad de resultados), sino la igualdad de oportunidades (es decir, la igualdad ante la ley) que lleva a la diversidad y a la libertad. En este sentido, la igualdad social no sólo sería mala por sus posibles consecuencias económicas, sino también porque podría llevarnos hacia un régimen político autoritario:

The point is rather that there is a fundamental conflict between the *ideal* of "fair shares" or of its precursor, "to each according to his needs," and the *ideal* of personal liberty. This conflict has plagued every attempt to make equality of outcome the overriding principle of social organization. The end result has invariably been a state of terror... The far less extreme measures taken in Western countries in the name of equality of outcome have shared the same fate to a lesser extent (Friedman and Director Friedman 1990, 135).

De acuerdo con Friedman, no puede prohibirse la asistencia social voluntaria, pero no deberías permitirse leyes que regulen la igualdad social de forma compulsiva: no es lo mismo, sostiene el chiguino, que un 90% de la población se tase a sí misma para ayudar al restante 10% a que un 80% establezca impuestos al 10% más rico para ayudar al 10% más pobre. Aquí habría un deslizamiento peligroso del capitalismo, que supone la libertad de cada agente elegir, hacia el autoritarismo que permite la supresión de esas libertades por parte de una tiranía de las mayorías. Parafraseando una célebre máxima de Benjamin Franklin, Friedman concluye:

A society that puts equality ahead of freedom will end up with neither equality nor freedom. The use of force to achieve equality will destroy freedom, and the force, introduced for good purposes, will end up in the hands of people who use it to promote their own interests. A free society releases the energies and abilities of people to pursue their own objectives... It does not prevent some people from achieving positions of privilege... but it prevents those positions of privilege from becoming institutionalized; they are subject to continued attack by other able, ambitious people. Freedom means diversity but also mobility. It preserves the opportunity for today's disadvantaged to become tomorrow's privileged and, in the process, enables almost everyone, from top to bottom, to enjoy a fuller and richer life (149-150).

Esta última idea de Friedman nos lleva casi obligadamente a nuestro segundo punto: la concepción de la democracia (entendida de acuerdo con la fórmula de Abraham Lincoln, como el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo) como un riesgo para un orden social que quiera mantener la libertad en el sentido negativo (Berlin 1974).

2.2. El orden frente a la democracia.

Aunque podría decirse que los primeros liberales –como Locke o Montesquieu– no tenían mucho aprecio por los sistemas democráticos, no se trataba de pensadores antidemocráticos, sino más bien predemocráticos. Los teóricos liberales del siglo XIX también veían con desconfianza a la democracia, pero muy pronto notaron la necesidad de convivir con ella. Se gestó así un “matrimonio de conveniencia”, se fue afianzando con el tiempo, al punto que, durante el siglo XX, se comenzó a pensar en el liberalismo y la democracia como caras de la misma moneda, como sistemas que podían persistir sólo cuando estaban juntos (Bobbio 1991; Bobbio 1995). Sin embargo, a comienzos del siglo XX algunos neoliberales comenzaron a oponerse a la idea de que la democracia tuviera un rol imprescindible en las sociedades contemporáneas. Para ellos, la democracia carece de valor sustantivo; se trata apenas de un método (bueno, pero no ideal) para escoger dirigentes, como sostuvieron dos figuras de la Escuela de Virginia (Buchanan and Tullock 1993). Las sociedades libres, afirmaba uno de los representantes de la escuela austriaca, requieren orden y pluralidad, pero esos valores no se desprenden de la democracia; por lo tanto, si llega el momento de escoger entre democracia y orden, habría que dejar de lado a la democracia (von Mises 1996).

Friedrich von Hayek (1973; 1979), también de la Escuela Austriaca, sostuvo que todo orden social deriva de una interacción tan compleja que no puede ser aprehendida por la mente humana. Saber cuánto cuesta un bien o servicio determinado implica considerar millones de datos dinámicos que nadie puede conocer y sopesar. Sin embargo, el mercado puede darnos la información que necesitamos a un costo mínimo. De allí dedujo la imposibilidad (y la inconveniencia) de diseñar de forma deliberada un orden distinto a aquél al que la humanidad ha llegado a través del método de ensayo y error: el mercado capitalista. Pero, más allá de la cuestión de la eficiencia, argumentaba Hayek, el mercado debería ser preferido porque permite, correctamente enmarcado, garantizaría la maximización de la libertad humana.

Hayek entendía que un individuo era libre en tanto pudiera elegir sus fines y los medios sin ser coaccionado (intencionalmente por otro agente, en este caso, las circunstancias no son coactivas). En este sentido, el mercado aparece como un mecanismo insuficiente para garantizar el orden social libre; son necesarias leyes y un gobierno que las ponga en funcionamiento (von Hayek 1960). Las leyes a las que se refería Hayek son las que han llegado hasta nosotros en la forma de usos, costumbres y tradiciones, que serían justas porque, con el paso de los años, se independizaron de las situaciones que las originaron². Se trata de leyes que nos aseguran el “buen comportamiento” en el mercado y que por lo tanto permiten el ejercicio ordenado de la libertad. En este sentido, un buen gobierno tiene como tarea codificar los usos y costumbres heredados a través de siglos de libre interacción de los individuos. Por contraposición, un mal gobierno es aquél que intenta innovar con respecto a la tradición basándose en su capacidad de ejercer poder y usando como escudo una hipotética voluntad general (von Hayek 1996).

En este sentido, para Hayek liberalismo y democracia no se incluyen ni se suponen mutuamente. Al liberalismo le preocupa la extensión del poder, a la democracia, su sujeto; por ello es posible pensar

² Para Hayek, puede encontrarse un buen compendio de estas reglas en el derecho penal privado moderno, que aparece entonces como un derecho justo que debe contraponerse a los derechos injustos (como los derechos sociales) que han sido diseñados por políticos y no surgieron “espontáneamente”.

un gobierno liberal autoritario y también uno democrático totalitario (von Hayek 1982). Ante la posibilidad de esas opciones, Hayek, como otros neoliberales, prefiere el autoritarismo liberal (von Hayek 1981; Rosende 2007).

En este sentido, la desconfianza con respecto a la democracia es, en suma, una desconfianza con respecto a la capacidad de las mayorías para autolimitarse (ya que la medida, justamente, vendría a ser la característica del orden liberal). No obstante, en presencia de un orden limitado (limitado a mantener las tradiciones en la visión hayekiana, o a ceñirse a un hipotético consenso constitucional en la visión de la Escuela de Virginia, Buchanan and Tullock 1993), la democracia es un buen sistema, ya que actuaría del modo propuesto por Schumpeter (1996), apenas como un mecanismo utilitariamente eficiente para seleccionar los líderes encargados de mantener en pie los límites liberales. En este sentido, como ha sostenido James Buchanan (1982), el sistema liberal puede funcionar siempre y cuando la democracia esté claramente limitada por algún sistema institucional (de orden constitucional) que impida que las mayorías impongan su voluntad a las minorías y transformen al Estado en un organismo predatorio, transfiriendo ilegítimamente lo que es de algunos individuos a otros. En palabras del propio Buchanan:

¿Cómo puede incorporarse un contenido con verdadero significado a la frase "gobierno por el pueblo"? Muchas veces esta exigencia básica ha sido interpretada como que democracia es equivalente al gobierno de la mayoría. Pero se requiere de poco o de ningún análisis sofisticado para sugerir que el gobierno de la mayoría, para aquellos que son gobernados, no es distinto del gobierno por parte de cualquier otro grupo... En su sentido más fundamental, democracia significa que las decisiones de gobierno, que afectan a todos los miembros de una sociedad, se generan por medio de procesos de discusión y toma de decisiones donde participan todos los miembros en igualdad de condiciones. Idealmente, los procesos de discusión y participación producen acuerdos entre todas las personas sobre las opciones a elegir, colectivamente seleccionadas. Si no hay acuerdo, se debe esperar que el proceso genere reglas apropiadas... [En este sentido] La perspectiva de la Teoría de las Decisiones Públicas debe sugerir la necesidad de imponer límites al ejercicio de una democracia mayoritaria. El diseño, la construcción y la implementación práctica de una serie apropiada de limitaciones (el conjunto de reglamentos constitucionales) son los desafíos de nuestra era (401-41 y 50).

De este modo, la democracia es aceptada siempre y cuando esté diseñada de tal modo de proteger el status quo e impedir su rediseño por parte de mayorías. Al menos en parte, es justamente por ello que, contrariamente a una creencia muy instalada, el neoliberalismo no supone un Estado ausente o débil, sino uno claramente presente y fuerte, aunque limitado en lo que respecta a su radio de acción y a los objetivos que puede perseguir legítimamente (Morresi 2007).

2.3. Estado fuerte, pero limitado.

Todas las corrientes neoliberales parecen desconfiar del poder, y por ello, como vimos, desconfían del poder de las mayorías que perciben como desmesurado. En este sentido, se distinguen por su percepción del rol que el Estado debería jugar en las sociedades contemporáneas. De acuerdo con ellos, la intervención del Estado en la economía son causa de dos males: ineficiencias económicas que se agravan ante los intentos de corregirlas políticamente y cercenamientos de la libertad de mercado, supuesta base de las otras libertades (Buchanan 1975; von Hayek 1973; Nozick 1991). En los puntos anteriores ya nos hemos referido de un modo o de otro al segundo aspecto (el iliberalismo de la intervención estatal); ahora quisiéramos concentrarnos en el primero de ellos.

La idea de que la intervención del Estado en la esfera económica puede tener efectos contradictorios con los objetivos buscados es antigua y se remonta a algunos apuntes de Locke sobre la revaluación de la moneda inglesa a fines del s. XVII (Locke 1999). Así el “padre del liberalismo” no hacía más que adelantarse algunos años al apotegma fisiócrata *laissez faire, laissez passer*. En este sentido, el problema señalado por neoliberales respecto a que en la búsqueda de mejorar las condiciones de los sectores más débiles, de fortalecer la moneda o de mejorar los términos de intercambio las políticas estatales pueden producir el efecto contrario no parece tener nada de innovador. La novedad, en todo caso, reside en el tipo de explicación que brindaron algunos neoliberales, como Milton Friedman o Gordon Tullock, y, sobre todo, en el remedio que ofrecieron.

En efecto, aunque el carácter perverso de la intervención gubernamental en la economía es de vieja data, diversos experimentos socio-económicos realizados a partir de fines del siglo XIX, pero sobre todo después de la crisis del '30 habían puesto más o menos en claro que el sistema capitalista no sólo soportaba una acción protagónica del ámbito gubernativo, sino que en cierta medida la necesitaba para no sucumbir por el peso de sus propios problemas. En este sentido, la teoría keynesiana vino a dar basamento teórico a un fenómeno político-económico que ya estaba teniendo lugar: mediante la implementación de distintos planes políticos.

Justamente debido al triunfo de la visión de Keynes, entre los economistas existió durante años consenso en tomar como válida la llamada “curva de Philips” que postulaba una relación negativa entre inflación y desempleo. Ese acuerdo comenzó a resquebrajarse en los '60, cuando hizo su debut la estanflación, la inflación sin crecimiento (Samuels 1993; Overtveldt 2006). Para Friedman, la solución al nuevo problema consistía en recurrir a las ideas monetaristas de los fundadores de la Escuela de Chicago. De acuerdo con esta óptica, la inflación persistente es producto de incrementos desmedidos en la emisión de dinero que no se corresponden con aumentos en la actividad económica, sino que son resultado de presiones redistributivas (provenientes sobre todo de los sectores obreros organizados). La teoría de Friedman afirma que si se emite moneda para satisfacer las demandas el resultado es una inflación más alta y un nivel más bajo de actividad. Así pues, el gobierno no debería aumentar la masa monetaria para afrontar las reivindicaciones salariales o sociales de la población, sino actuar de un modo previsible, elevando la emisión de dinero de una forma sostenida, pero lenta (Friedman and Director Friedman 1985; Friedman and Schwartz 2008). Las primeras experiencias monetaristas terminaron desastrosamente: el Chile de Augusto Pinochet y la Inglaterra de Margaret Thatcher. Aunque en ambos países se logró bajar la inflación, el nivel de producción disminuyó, los salarios reales descendieron y el desempleo experimentó una suba pronunciada. Sin embargo, de acuerdo con Friedman, el fracaso práctico no implicaba que la teoría estuviese equivocada, sino que no fue aplicada de forma suficientemente consistente (Wood and Woods 1990).

En este sentido, la tesis monetarista podría resumirse del siguiente modo: dado que el mercado produce la mejor asignación de recursos imaginable (en condiciones perfectas, enseguida volvemos sobre este asunto), ningún funcionario público que intervenga en la economía, por bienintencionado que sea y por mejor información que tenga, puede obtener otro resultado que no sea una distorsión. Estas distorsiones e ineficiencias se pueden ir incorporando a la sociedad a medida que las personas se acostumbran a la intervención del Estado. Esta adaptación hace que, para provocar resultados, las intervenciones sean cada vez más fuertes y frecuentes y las consecuencias cada vez más peligrosas. Por eso se afirma que la economía podría ser estable y dinámica de no existir las intervenciones de los gobiernos (Lucas and Sargent 1981). La manera de evitar estas intervenciones nocivas es establecer reglas (sobre todo monetarias) permanentes y estables que estén por encima de las decisiones políticas.

En este sentido, la conclusión de la Escuela de Chicago es compatible pero en cierto sentido es más débil que la de la Escuela de Virginia que parte de suponer que, por principio, los políticos no pueden ser bienintencionados (como sí podían suponerlo los chicaguinos o los austriacos). En efecto,

mediante para ciertos representantes de la Teoría de la Elección Pública concentrados en el problema de la extracción ilegítima de rentas (*rent-seeking*) no hay posibilidades de que los políticos se auto-limiten, tal como pretendían sus colegas. Y ello porque la misma dinámica del sistema los lleva a comportarse de un modo que resulta perjudicial para los gobernados.

Según la concepción del *rent-seeking*, la capacidad de intervención del Estado en la economía siempre puede generar rentas para alguien; por lo tanto, es lógico que los grupos de interés quieran influenciar a los gobernantes para asegurarse ganancias extraordinarias. De acuerdo con los economistas de Virginia (Krueger 1974; Tullock 2005; Tullock 1988) siempre que un gobierno pueda facilitar a un privado una renta o una cuasi-renta, los ejecutivos presionarán para conseguirla. Las empresas gastarán fortunas en las presiones porque las ganancias que podrían obtener por ese medio son mayores a las que conseguirían al invertir en tecnología o eficiencia. Ahora bien, el problema del *rent-seeking* no debe confundirse con el de la corrupción. Aun si los funcionarios se mantienen firmes contra las presiones empresarias, el dinero que podría haberse invertido en aumentar la producción se habrá desperdiciado en hacer lobby. ¿Cómo se sale de esta encerrona? Para Krueger la respuesta es simple: *quitando al poder político la capacidad de intervenir en la economía*. Aunque el Estado no puede desaparecer, y es necesario que alguien mantenga la capacidad de ordenar, es posible establecer mecanismos que sustraigan a los gobernantes (que son percibidos como transitorios y por ello inconstantes y poco hábiles) la capacidad de intervenir en la economía (que aparece como un territorio para los expertos). Así, el Estado no debería comportarse como quieran los gobernantes; tampoco como afirme desearlo la sociedad (que siempre puede ser manipulada), sino como lo dictaría el mercado de competencia perfecta que, por definición, imposibilita los comportamientos rentísticos (NO CITED PAGES FOR REPEATED CITATION). Pero, ¿cómo saber lo que dictaría el mercado ideal si en el mundo real sólo existe el mercado imperfecto? Lo que debemos hacer es escuchar a los expertos. Esto es: debemos dejar que los economistas nos digan cuáles serían los resultados del mercado perfecto³.

Pero, ¿por qué mantener en pie ese poder del Estado si, a todas luces, parece tan peligroso para la concepción neoliberal? Por qué no intentar con una anarquía regulada por agencias privadas de protección como sugirieron algunos pensadores libertarios (Rothbard 1978; Rothbard 1970)? Las razones son varias, en principio, Nozick (1991) dio buenos argumentos para mostrar que el Estado surgiría de todos modos aún en condiciones ideales de mercado. Hayek (1973) por su parte demostró que incluso un mercado con las mejores condiciones imaginables es incapaz de proveer todos los bienes necesarios en condiciones de eficiencia. Sin embargo, la principal razón para mantener esa instancia de poder es que el mismo es necesario para impedir que las distorsiones “espontáneas” del mercado, como los cárteles y los monopolios, destruyan la dinámica competitiva en la que se basa el sistema. Pero, a diferencia de lo que planteaban los fundadores del liberalismo, como Adam Smith, que se preocupaban de la avaricia desmesurada de los “ricos y poderosos”, los neoliberales parecen más preocupados con el ansia de poder de los “débiles organizados”, cuyo monopolio sobre el trabajo podría poner freno a las reformas institucionales necesarias y, peor aún, destruir todo el andamiaje político-económico del capitalismo. En este sentido, sería necesario abandonar el ideal del *laissez faire, laissez passer* propuesto por el modelo manchesteriano. En el mundo contemporáneo se impone la necesidad de un Estado lo suficientemente fuerte para que no “deje hacer” a los que podrían imponer trabas o perjudicar al “dejar pasar” (von Hayek 1994).

³ Es con base en este tipo de ideas que los organismos multilaterales de crédito impulsan medidas como la independencia de los bancos centrales o el gerenciamiento externo de la economía de un país (como fue sugerido en 2002 por el economista Rudgier Dornbusch, quien propuso que un grupo de especialistas se hiciera cargo de la economía argentina, *Clarín*, Sección Economía, 3/3/2002).

3. De la teoría a la práctica.

En vista a lo expuesto en punto anterior, nos parece que queda claro por qué desde la teoría neoliberal precisa del accionar de expertos. Por un lado, los expertos en economía conocen el objetivo a alcanzar (un sistema de libertad de mercado enmarcado por un estado fuerte pero de alcance limitado en el que la política no pueda inmiscuirse) y los pasos que hay que seguir para alcanzarlo (la imposición de un orden jurídico equitativo y un orden social desigual). Por el otro, los expertos cuentan con los medios necesarios (por ejemplo, un saber hacer en un sentido técnico, una sociabilidad generada por experiencias, cosmovisiones y discursos compartidos que permite cierta continuidad en las medidas a pesar del cambio de personas en los puestos de toma de decisiones) y son particularmente indicados para formar frentes institucionales aislados de la faz participativo-agonal de la política.

Sin embargo, de la necesidad teórica del neoliberalismo para la participación de expertos en economía no puede deducirse su accionar político. En este punto quisiéramos mostrar en forma breve el modo en que ambas cuestiones se relacionan, a través de un breve *racconto* histórico centrado en el caso argentino con muy puntuales referencias al caso brasileño.

3.1. El reordenamiento necesario.

Si bien hay discrepancias entre los especialistas con respecto a la familia de las derechas argentinas y a las formas de clasificarlas (Rock 2001; McGee Deutsch 2005; Middlebrook 2000; Reeves 2000), hay acuerdo en distinguir al menos dos vertientes principales: los nacionalistas (subdivisibles en modernizantes y reaccionarios) y los liberales (subdivisibles en liberal-conservadores y neoliberales). Durante el siglo XX, el campo de la derecha argentina fue mutando lentamente desde una hegemonía liberal-conservadora y nacionalista modernizante hasta un liderazgo neoliberal.

A diferencia de lo que sucedía en otros países, como Brasil y Chile donde sectores nacionalistas y liberales se disputaron el liderazgo del campo de la derecha, en la Argentina, nacionalistas y liberales optaron por (o se vieron obligados a) una convivencia menos conflictiva. Una disimilitud adicional es que, mientras en los otros países los grupos de derecha disfrutaron de éxitos electorales, la derecha argentina padeció cada vez que las modernas reglas democráticas se impusieron. Tras la sanción de la Ley Sáenz Peña, la derecha no consiguió imponerse sin recurrir a las proscripciones o al fraude. Ni nacionalistas modernizantes ni liberal-conservadores (mucho menos aún los nacionalistas reaccionarios que siempre fueron minoritarios) pudieron ofrecer respuestas al desafío planteado por la modernización social y política que ellos mismos habían ayudado a cimentar. Con la llegada del yrigoyenismo y el peronismo, los partidos de derecha, que -en parte por la hegemonía compartida- nunca se habían caracterizado por su fortaleza institucional o ideológica, se tornaron aún más efímeros y fragmentarios. Ello no habría hecho más que confirmar la decisión del conjunto de la derecha de optar por la vía pretoriana (Potash 1986). A la postre, esta opción resultaría decisiva para posibilitar la emergencia y el dominio de una nueva derecha neoliberal.

Las derechas se conforman en base a rechazos (discursos negativos) que sirven para construir mitos fundantes (Morresi 2009b). Pero no todos los rechazos son iguales. La derecha brasileña construida en oposición al varguismo se veía a sí misma como aliadófila y buscaba una convivencia (siquiera formal) con las reglas democráticas (Sá Motta 2002). La derecha chilena, conformada a partir del rechazo al socialismo, podía aceptar la democracia, siempre y cuando la política socialista quedara excluida. En el caso argentino, la derecha se articuló en el rechazo al populismo (Huneus Madge 2009).

Aunque el término populismo es polisémico, el uso que le dio el campo de la derecha argentina era bastante claro: lo populista se vinculaba a las acciones sociales masivas (organizadas o no) que buscaban influir en el Estado con fines redistributivos. Es decir, la derecha argentina no se refería ape-

nas al peronismo, sino a todas las fuerzas populares, incluyendo al radicalismo y a los sectores militares proclives a la negociación con los partidos mayoritarios (Zinn 1980). Así, el rechazo al populismo se transformó en un rechazo a la democracia de masas. En palabras de Álvaro Alsogaray:

En la democracia de masas el ciudadano medio es convocado periódicamente a decidir a través de su voto sobre asuntos que están fuera de su comprensión. [Pero] Someter [las] leyes económicas a la aprobación del ciudadano corriente equivale a pedirle que opine sobre la ley de gravedad... (Alsogaray 1976, 13).

Si el populismo apareció como el rasgo negativo que constituye a la derecha liberal-conservadora, el rasgo mítico-positivo lo conformó el concepto de república. A la visión plebeya del republicanismo clásico, la derecha opuso la idea de una república conservadora formada por valores tradicionales (el esfuerzo y la templanza versus la desidia y el desenfreno), religiosos (el occidente cristiano versus la cercanía con el socialismo ateo), político-económicos (la propiedad privada que garantiza la libertad, versus el desrespeto por lo ajeno) y ético-políticos (la libertad negativa versus la libertad positiva que desemboca en libertinaje). La democracia debía tener un lugar subordinado a los valores de la república. Como afirmara Sánchez Sañudo (1969), la solución al “desgobierno populista” debía encontrarse en un doble mínimo: “mínimas dimensiones del gobierno y mínima participación de los que eligen”. En palabras de otro ideólogo liberal-conservador:

[...] la república está dada en su esencia por la noción de representatividad y éste es un concepto no cuantitativo, sino cualitativo, que por lo tanto se desnaturaliza frente a la llamada democracia de masas [...] la república representativa exige [...] el gobierno de los más por los mejores a fin de no caer en... la “kakistocracia”... (García Belsunce 1982, 32).

Esto es, en el campo de la derecha, la democracia parece aceptable siempre y cuando no arroje resultados contrarios a los que se suponen insertos en la república. Esta idea de república tenía un trasfondo liberal-conservador prístino: se trataba de una república en la que las masas debían subordinarse a normas (constitucionales o culturales) que se derivaban del ser nacional, del espíritu cristiano-occidental, del sino argentino (Perrioux 1970). Se trataba de la tradición legada por los “prohombres de la patria” que, de acuerdo con la historia mítica que construyó para sí la derecha argentina, habían colocado a la Argentina entre las potencias del mundo. Así, un modelo de país, el “orden conservador”, funcionó como la edad dorada a la que se debía regresar o imitar.

En la gramática de la derecha argentina, regresar a esa edad dorada implicaba derrotar al populismo, a sus estructuras y a sus protagonistas (básicamente, a los sindicatos en tanto actores determinantes). Es en este sentido que deberían entenderse los intentos refundacionales de las dos últimas dictaduras sufridas por la Argentina (Sidicaro 2006). En ellas no se buscaba sólo desplazar a un sector político, sino generar un *fresh start*, sentar las bases de una república que se consideraba humillada por una “democracia desbocada”. Para semejante tarea fue preciso unir las diferentes tradiciones derechistas bajo la égida del liberalismo conservador, algo que se logró en el autotitulado Proceso de Reorganización Nacional (PRN). En el PRN, nacionalistas furibundamente anticomunistas convencidos de estar peleando la tercera guerra mundial, conservadores reaccionarios, liberales pragmáticos y doctrinarios y empresarios de convicciones ambiguas compartieron un diagnóstico (la necesidad de eliminar a la guerrilla y reordenar la economía) y también una receta: un Estado autoritario capaz de fundar una “segunda república” (Zinn 1980). La renuncia a actuar contra la democracia que ha mostrado la derecha argentina en los últimos veinticinco años podría explicarse por el relativo éxito alcanzado por dictatorial proceso de refundación. Aunque los militares no alcanzaron todos sus objetivos (en parte porque el mismo tenía características poco claras), el rol de “educador” que el campo de la derecha se había autoimpuesto fue interpretado de forma satisfactoria, de modo tal que la democracia nació condicionada no tanto por el poder fáctico de las fuerzas armadas como por los límites de un nuevo modelo económico y cultural. En este sentido, el PRN no instauró, co-

mo se suele afirmar, al neoliberalismo, sino que llevó a cabo una tarea lógicamente anterior: generó las condiciones sociales en las cuales la nueva derecha neoliberal podía existir (Morresi 2010).

3.2. La construcción del ideario neoliberal en el Sur.

Las ideas neoliberales de Mises y Hayek ingresaron muy tempranamente a la Argentina a través de Federico Pinedo (h), quien las había conocido en un viaje juvenil a Europa, cuando todavía formaba parte del Partido Socialista (Azaretto 1998; Pinedo 1946). Fue el mismo Pinedo quien introdujo las tesis neoliberales en grupos de empresarios, intelectuales y profesionales que debatían a puertas cerradas durante el primer peronismo acerca de cómo debería insertarse la Argentina en el mundo de posguerra. Uno de esos núcleos era el Ateneo de la Juventud Democrática Argentina donde se reunían José Alfredo Martínez de Hoz, futuro ministro de economía del PRN, y Jaime Perriau, creador de la Cámara Federal en lo Penal (el “camarón”) en épocas de Lanusse (Túrolo 1996). Otro de esos grupos, fue el Centro de Difusión de la Economía Libre (CDEL), fundado en 1957 a instancias del empresario Alberto Benegas Lynch (1989), cuyo objetivo era difundir las ideas neoliberales, aún en contra de las opiniones mayoritarias de la población, tal como lo hacían organizaciones internacionales como la *Sociedad Mont Pelèrin* (SMP)⁴. La meta no era intervenir directamente en política, sino ayudar a “generar un cambio en la orientación económica, política y cultural del país” (González 1986).

También a mediados de los años ‘50, se lanzó un proyecto que tenía como meta la difusión del neoliberalismo. Se trata del convenio firmado entre la Universidad Católica de Chile y la de Chicago, mediante el cual profesores chicaguinos darían clases de grado en Santiago de Chile y algunos estudiantes podrían realizar sus posgrados en Estados Unidos. Ese fue el nacimiento de los “Chicago Boys” (Rosende 2007; Valdés 1995). En el marco de ese mismo emprendimiento, se rubricó un convenio similar con la Universidad Nacional de Cuyo para que se exportara la experiencia a la Argentina. Aunque los resultados no fueron los esperados (por falta de continuidad y por el clima político zigzagueante de la Argentina), algunas generaciones de economistas de la zona de Cuyo fueron fuertemente influenciados por sus pares chilenos y estadounidenses. Y ello al punto de que varios egresados argentinos realizaron estudios en Chicago; algunos de ellos, como Claudio Loser, se integraron al Fondo Monetario Internacional (FMI); otros, como Pedro Pou, acabarían fundando una institución que (de manera similar al CDEL) buscaba difundir la perspectiva neoliberal: el Centro de Estudios Macroeconómicos Argentinos (CEMA).

A mediados de los años ‘60, algunos políticos e intelectuales con fuertes lazos con los militares se acercaron a otra de las vertientes neoliberales, la “economía social de mercado” (ESM), muy probablemente porque la faz social-cristiana resultaba atractiva para quienes, como Alsogaray Alsogaray 1969; Alsogaray 1993 provenían de tradiciones católicas. Así, en 1967 se fundó el Instituto de la Economía Social de Mercado (IESM). A diferencia de Benegas Lynch, que prefería no inmiscuirse directamente en la lucha política, Alsogaray consideraba que los “economistas serios” debían “abandonar su torre de marfil”, y “descender a la arena política” (de Pablo 1977). Justamente en esta línea de influencia de los “economistas serios” (es decir de los economistas que aceptaban las ideas básicas del neoliberalismo) debe entenderse la creación de otros organismos, como la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), el Instituto de Estudios Económicos sobre la Realidad Argentina y Latinoamericana de la Fundación Mediterránea (FM) y el CEMA, en

⁴ La SMP se había formado en 1947 con el objeto de reunir a pensadores neoliberales de distintas corrientes. Muy pronto quedó en claro que el objetivo de esas reuniones era ayudar a difundir el credo neoliberal que debía ser levantado como bandera por los “luchadores de la libertad” contra el socialismo y el keynesianismo. Para los miembros de la SMP no se trataba de una lucha política en sentido estricto, sino de un combate intelectual con consecuencias políticas (Cockett 1995).

la Argentina, o los *Institutos Liberais* en Brasil, instituciones sobre las que no diremos mucho aquí porque su trayectoria ha sido analizada (cf. por ejemplo (1997; Heredia 2003; Heredia 2004; N'Haux 1993; Ramírez 2007; Magnussen 2006; Morresi 2008a; Morresi 2008b; Gros 2004; Nylén 1993)). Digamos apenas, que el apoyo de las empresas y corporaciones privadas fue crucial para que surgieran y se consolidaran instituciones como FIEL o FM.

El soporte intelectual que estas instituciones de difusión del neoliberalismo otorgaron a ciertas empresas fue fundamental para que éstas accedieran a contactos con políticos, líneas de crédito internacionales y a saberes cuya incorporación se fue haciendo cada vez más necesaria. A su vez, los intelectuales que decidían participar, por convicción o conveniencia, en estas instituciones veían potenciados sus ingresos y sus carreras profesionales. Se produjo, entonces, un intercambio de ventajas que se retroalimentaba y reforzaba la difusión de las ideas neoliberales, que fueron expandiéndose por el tejido social. Por otra parte, la permeabilidad de los elencos gubernamentales a los hombres y las ideas de las instituciones neoliberales implicaba la aceptación de una lógica sencilla: ellos eran los interlocutores ideales para obtener acuerdos con los grupos empresarios y con los organismos multilaterales de crédito. Y ello no sólo por su capacidad técnica, sino porque sus vínculos con ejecutivos, accionistas y funcionarios internacionales eran estrechos no sólo a nivel profesional, sino también personal⁵.

3.3. Los neoliberales en acción.

Desde que comenzaron a difundirse las ideas neoliberales, los expertos en economía de la Argentina y Brasil participaron en la mayor parte de los gobiernos en ambos países, particularmente en aquellos que, encabezados o tutelados por militares, impedían el desarrollo de elecciones competitivas que pudieran poner en riesgo el aislamiento y la continuidad necesarias para la implementación de las reformas neoliberales. Así, desde la perspectiva de la derecha las reglas del juego democrático seguían implicando los mismos riesgos populistas que antaño. La vuelta de la democracia (en 1983 en Argentina y en 1988 en Brasil) implicaban un serio riesgo. Sin embargo, como pronto fue evidente para el nuevo sector hegemónico del campo de la derecha, las estructuras (un Estado con capacidad para intervenir en consonancia con las demandas sociales) y los actores (una sociedad civil activa) tan temidos ya no estaban allí. De este modo, se abría la puerta para una nueva relación entre las derechas y la democracia. Los cambios acaecidos venían a permitir que los líderes de la derecha se convirtieran, aun sin contar con el peso de los votos, en tomadores de decisiones y en *veto-players* sobre demandas sociales desorganizadas y crecientemente particulares y fragmentarias.

En Argentina, pese a todo, los primeros meses del gobierno radical generaron un intento de torcer el rumbo neoliberal al que la Argentina parecía encaminarse. En su célebre discurso de asunción, Raúl Alfonsín afirmó que con la democracia no sólo se votaba, sino que también se comía, se curaba y se educaba. Uno de los encargados de llevar adelante esta propuesta era el ministro de economía Bernardo Grinspun, quien trazó un diagnóstico alarmante y propuso una fuerte intervención del Estado en la economía. Obviamente, las críticas desde los sectores neoliberales (internos y externos, tanto políticos como económicos) no se hicieron esperar. Pero, junto con ellos, y como fruto de la dinámica política del momento y de la impronta del pensamiento neoliberal, también se opusieron a los planes del ministro empresarios, sindicalistas y algunos miembros del propio partido radical, que veían con buenos ojos un relanzamiento del gobierno con una política de alianzas más adecuada a lo que la Unión del Centro Democrático (UCEDE) llamaba entonces la “nueva realidad”. Así, incluso antes de la obligada renuncia de Grinspun, Alfonsín puso en claro que el escenario había cambiado,

⁵ Muchas veces, el director de un empresa o el delegado del FMI, encontraban en los funcionarios provenientes de la FM, el CEMA o la FIEL a un ex-compañero de estudios, a un viejo colega de trabajo o incluso a un amigo personal (Tenenbaum 2004; Mussa 2002).

firmando un acuerdo con el FMI y sosteniendo que la reactivación tan esperada no podía ser el resultado de un aumento del consumo, porque un país moderno y capitalista debía fomentar las exportaciones, apoyar la iniciativa privada y cumplir sus obligaciones (pagar la deuda). Cuando Grinspun fue reemplazado por Juan V. Sourrouille, más allá de la voluntad del propio gobierno, quedaba claro que no era la política la que guiaba a la economía, sino que eran los actores económicos más poderosos los que marcaban el rumbo que los políticos debían aceptar (Pesce 2006; Heredia 2006).

A mediados de los '80, algunos referentes de las fundaciones y centros de estudios neoliberales abandonaron sus organizaciones-madre para formar sus propias consultoras económicas; no obstante, eso no les hizo perder contactos con sus colegas ni apartarse de los objetivos que habían estado persiguiendo. Por el contrario, el florecimiento de estudios privados y agencias de consultoría sirvió para reforzar un entramado complejo que sustentaba el ideario neoliberal. En este entramado participaban, además de las instituciones como el CEMA y las consultoras privadas, importantes comunicadores sociales (como Bernardo Neustadt y Mariano Grondona) los centros y foros de las corporaciones empresarias como el Instituto para el Desarrollo Empresario Argentino, el Consejo Empresario Argentino, la Asociación de Bancos Argentinos y la Sociedad Rural Argentina, que organizaban periódicamente reuniones que servían para presionar sobre la agenda de los gobiernos y mostrar a la sociedad el “sentir” de las clases dirigentes. Esto no quiere decir que todos los profesionales y sectores dijeran exactamente lo mismo; lejos de ello, se oponían encarnizadamente unos a otros, ya fuera por cuestiones políticas, pecuniarias, ideológicas o personales. Estas luchas internas, como las discusiones entre los neoliberales en los países centrales, no impidieron que se mostraran unidos y formaran frentes para reformar la sociedad argentina. Había diferencias, pero coincidían en lo esencial: la Argentina estaba en crisis y la única solución era una salida neoliberal.

Los comienzos de la democracia brasileña fueron similares en algunos aspectos. Luego de ser electo de forma semidemocrática y de morir el candidato electo Tancredo Neves, asumió como el cargo José Sarney, quien lanzó un plan de estabilización (Plano Cruzado) de tintes similares al Plan Austral que había impulsado la UCR en la Argentina. Y de modo similar a lo que sucedió en Argentina, la dura oposición de los sectores más concentrados del poder llevaron el proyecto a un fracaso estrepitoso en medio del desabatecimiento y duras acusaciones de corrupción. El lanzamiento de un segundo plan (Cruzado II) provocaría la llegada de la hiperinflación, de modo similar a lo que pasó en la Argentina con el fracaso del Plan Primavera de la UCR.

La crisis de la que los neoliberales argentinos venían hablando desde 1983 comenzó a plasmarse con crudeza a fines de 1988, con el fracaso del Plan Primavera. Los días del radicalismo en el gobierno estaban contados; lo que los neoliberales debatían entonces era si era conveniente imponer de inmediato su proyecto, aprovechando la situación de necesidad en la que se encontraba Alfonsín, o esperar como sugerían la FM-IERAL y el CEMA que la debacle madurase para que las ideas neoliberales se impusieran por su propio peso. En 1989, con la hiperinflación, la situación llegó al nivel de gravedad que de algún modo se había estado esperando. La sociedad se encontró a sí misma al borde del abismo y estuvo dispuesta a aceptar la solución neoliberal que desde hacía años había estado publicitándose y que, según sus impulsores, traería soluciones sencillas y rápidas. La crisis (económica, social, política e institucional) de 1989 sirvió entonces como evento disciplinador. Ante la imposibilidad del Estado de dar una respuesta a la situación y la ausencia de alternativas viables, el discurso neoliberal se impuso sin escollos. Eso facilitó que Carlos Menem, en ese entonces candidato triunfante, fuese revelando a la sociedad que el “salariozo” y “la revolución productiva” que había prometido en la campaña venían de la mano de una alianza con la nueva derecha argentina; una alianza que, contra lo que se pensó entonces, venía gestándose desde hacía tiempo (Camou 1998).

Menem no sólo cumplió con las expectativas del campo neoliberal. Por la gravedad de la crisis, decidió (o se vio obligado a) sobreactuar su conversión, asociándose con algunos de los personajes

que más resquemores causaban en el justicialismo (Álvaro Alsogaray, la corporación Bunge & Born, el almirante Isaac Rojas). A fines de 1990, cuando el país se asomó a un rebrote hiperinflacionario que provocó la asunción de Domingo Cavallo como ministro de Economía y la aprobación del plan de Convertibilidad, la Argentina parecía no sólo aceptar al neoliberalismo, sino exigirlo. En esencia, la convertibilidad establecía un sistema de caja de conversión por el que la autoridad política perdía la capacidad de control de la economía. A nivel formal, se obligaba a respetar el alejamiento del gobierno de la política monetaria. Pero, más importante aún, la propia política se negaba a intervenir, siquiera para realizar los cambios más leves a un sistema que tenía la aprobación de una enorme porción de la sociedad. Fue esta aprobación social la que impidió que aún los sectores que eran perjudicados pero que contaban con capacidad de organización y respuesta, como las corporaciones empresarias, se abstuvieran de criticar al modelo (Sidicaro 2002).

Tal como lo advirtió entonces el analista de Pablo (1994), la Argentina de los '90 se parecía cada vez más a la de fines de los '70: tipo de cambio fijo en términos nominales, importaciones mayores a las exportaciones, liquidez en los países centrales que facilitaba el endeudamiento y bienes cuyos precios subían por encima del valor del dólar. Pero, si por un lado de Pablo admitía las similitudes, por el otro resaltaba las diferencias. En la visión del ex-economista de FIEL (y de muchos otros neoliberales), una de las causas del fracaso de la “tablita” de Martínez de Hoz fue la acechanza de Viola y Sigaut como sucesores que no respetarían el modelo de apertura. Ese problema no se repetiría de nuevo, aseguraba de Pablo, porque “con la reelección de Menem a la vista” el horizonte político aparecía “claro por años”. Así, se admitía que el secreto del éxito económico seguía estando en la política, o, mejor dicho, en la ausencia de política.

Nuevamente, el caso brasileño no es muy distinto en lo que al triunfo neoliberal se refiere. Luego del fracaso económico de Sarney, todo parecía indicar que triunfaría el izquierdista *Partido dos Trabalhadores* (PT). Sin embargo, en las primeras elecciones democráticas se impuso una coalición populista de derecha encabezada por Fernando Collor de Melo, quien rápidamente, pero en forma muy desprolija, lanzó un plan de reformas neoliberales que incluían privatizaciones y un fuerte aumento de la financierización de la economía brasileña. Sin embargo, una inflación persistente y una serie de graves escándalos de corrupción llevaron a su temprana dimisión y a que el vicepresidente Itamar Franco se hiciera cargo de la presidencia en 1992. Durante la gestión de Franco, Fernando Henrique Cardoso, del Partido Socialdemócrata Brasileño (PSDB), impulsó un plan económico (*Plano Real*) muy similar al de Convertibilidad de Cavallo. Su éxito le permitió ganar las elecciones de 1994, luego de las cuales, a diferencia de lo que sucedía en Argentina, flexibilizó el tipo cambiario (Fonseca 1998; Maciel 1989). En todo caso, lo importante es notar que luego de ocho años de mandato y de que su delfín (José Serra) fuera derrotado por el PT, Cardoso afirmó que estaba claro que, aunque el PSDB había perdido las elecciones, las medidas políticas y económicas de Lula mostraban que los “tucanos” (partidarios de Cardoso) mantenían la hegemonía, ya que se había mantenido a un neoliberal al frente del Banco Central, no se revisaba el proceso privatizador, no se dejaban de honrar las deudas contraídas ni se ponía en duda la conveniencia de mantener el esquema económico-financiero erigido alrededor del Plan Real.

Volviendo a la Argentina, la conformación del Frente por un País Solidario (FREPASO) primero y de la Alianza (entre la UCR y el FREPASO) después no hizo sino confirmar el diagnóstico con respecto al peligro de innovar políticamente. Sus principales referentes fueron renuentes a criticar al neoliberalismo y en sus campañas electorales prefirieron enfocarse en la corrupción del gobierno de Menem. De ese modo el debate moral reemplazó al debate político, dejando que la economía “siguiera su rumbo”, tal como venían predicando los neoliberales. En efecto, la propuesta neoliberal no radicaba, como habían pensado algunos liberal-consevadores durante el PRN (Morresi 2009a), en la suspensión *ad eternum* de la democracia, sino en transformar el sistema político y social. Se trataba de impedir el despliegue de la política como “reino de lo posible” para instaurar un sistema

“limitado por el orden económico de la libertad”, según la clásica fórmula de Hayek. Esto es: la democracia podía continuar en marcha, siempre y cuando se mantuviese dentro de los límites que le marcara “el mercado”.

4. Coda

De lo expuesto, queda claro que para el neoliberalismo, la democracia no puede aparecer como un tipo de sociedad, sino como un sistema político. Eso no sería problemático para una definición minimalista de democracia (Przeworski 1995) sino fuera porque, de acuerdo con los neoliberales, la democracia debe ser limitada a una competencia no entre cualesquiera programas que se generen desde la población, sino a una competencia dentro del abanico limitado que es compatible con la visión del orden económico neoliberal⁶.

Pero para el neoliberalismo la política no es sólo el anatema de la economía, sino también el reino de la inmoralidad. Y ello porque los políticos que quieren intervenir en la economía utilizando el aparato del Estado y escudándose en las (supuestas) demandas populares aparecen no sólo como ineficientes (en el sentido que no dejan que la economía alcance su equilibrio natural y perjudicando así a la población) sino también como corruptos practicantes del clientelismo y la demagogia. Los políticos "en serio", en cambio, son serios, tienen formación en la "verdadera" economía. La conclusión parece obvia: la democracia ahora (después de las dictaduras) puede ser aceptada si y sólo si todos los incluidos renuncian a poner en la mesa de debate el modelo económico neoliberal. El rasgo de imprevisibilidad de la democracia es negado por el campo de la derecha neoliberal junto con la dimensión agonial de la política. En este sentido, podemos concluir que la democracia, aun en la acepción minimalista es, para la derecha contemporánea argentina y brasileña, algo que puede ser aceptado sólo en caso de adaptarse a su idea particular de democracia.

Bibliografía

- Acuña, Carlos. 1994. Politics and economics in the argentina of the nineties (or, why the future no longer is what it used to be). In *Democracy, Markets, and Structural Reform in Latin America: Argentina, Bolivia, Brazil, Chile and Mexico*. Ed. Carlos Acuña, Eduardo Gamarra, and William Smith. New Brunswick: Transaction Publishers.
- . 1995. *La Nueva Matriz Política Argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Alsogaray, Álvaro C. 1969. *Bases para la Acción Política Futura*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- . 1976. *La Democracia de Masas y la Crisis en Países del Mundo Libre*. Vol. 4 (Mayo) of Cuadernos del Instituto de Ciencia Política. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- . 1993. *Experiencias de Cincuenta Años de Política y Economía Argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Azaretto, Roberto. 1998. *Federico Pinedo: Político y Economista*. Biografías y Memorias. Buenos Aires: Emecé.
- Basualdo, Eduardo M. 2006. *Estudios de Historia Económica Argentina Desde Medios del Siglo XX a la Actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI - FLACSO.
- Benegas Lynch, Alberto. 1989. *Por Una Argentina Mejor*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Berlin, Isaiah. 1974. Dos conceptos de libertad. In *Libertad y Necesidad en la Historia*. Ed. Julio Bayón. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.

⁶ Así, afirma un neoliberal argentino, Roberto Cachanosky: “Sostener que la posibilidad de votar para elegir a los gobernantes es la condición más importante para la democracia y olvidar la necesidad de limitar el poder que se les otorga a esos gobernantes elegidos por el voto popular provoca la destrucción de los derechos individuales y de los principios republicanos” (Cachanosky 2006)

- Bobbio, Norberto. 1991. *El Futuro de la Democracia*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- . 1995. *Liberalismo y Democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Boron, Atilio Alberto. 1997. *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*. Buenos Aires: Eudeba, Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires.
- . 2000. *El Búho de Minerva. Mercado Contra Democracia en el Capitalismo de Fin de Siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Brennan, James P. 2007. Prolegomenon to neoliberalism: The political economy of populist argentina, 1943-1976. *Latin American Perspectives* 34 (3): 49.
- Buchanan, James M. and Gordon Tullock. 1993. *El Cálculo del Consenso*. Madrid: Planeta-Agostini.
- Buchanan, James M. 1975. *The Limits of Liberty: Between Anarchy and Leviathan*. Chicago: The University of Chicago Press.
- . 1982. Democracia limitada o ilimitada. *Estudios Públicos*, no. 6:37-51.
- Cachanosky, Roberto. 2006. Los Genitales Reemplazan a la República. *Economía para Todos*, May.
- Camou, Antonio. 1998. Saber técnico y política en los orígenes del menemismo. *Perfiles Latinoamericanos* 7 (12): 85-107.
- Campbell, John L. and Ove Kaj Pedersen, Eds. 2001. *The Rise of Neoliberalism and Institutional Analysis*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Centeno, M A. 1993. The new leviathan: The dynamics and limits of technocracy. *Theory and Society* 22 (3): 307-335. Web.
- Centeno, Miguel and Patricio Silva. 1998. The politics of knowledge: Hayek and technocracy. In *The Politics of Expertise in Latin America*. New York: St. Martin's Press.
- Cockett, Richard. 1995. *Thinking the Unthinkable: Think-Tanks and the Economic Counter-Revolution 1931-1983*. London: HarperCollins.
- Cortina, Luis. 1997. El CEMA, academia y política. *La Nación*.
- Evans, Peter B, Dietrich Rueschemeyer, and Theda Skocpol. 1985. *Bringing the State Back in*. Cambridge & New York: Cambridge University Press.
- Da Fonseca, Manuel A. R. 1998. Brazil's real plan. *Journal of Latin American Studies* 30 (3): 619-639.
- Friedman, Milton and Anna Jacobson Schwartz. 2008. *The Great Contraction, 1929-1933*. Princeton & Oxford: Princeton Univ Press.
- Friedman, Milton and Rose Director Friedman. 1984. *La Tiranía del Statu Quo*. Barcelona: Ariel.
- . 1985. *Capitalismo E Liberdade*. Trans. Luciana Carli Os Economistas. São Paulo: Nova Cultural .
- Friedman, Milton and Rose Director Friedman. 1990. *Free to Choose: A Personal Statement*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich.
- Friedman, Milton. 1999. *La Economía Monetarista*. Barcelona: Altaya.
- Gambina, Julio C. 2001. Estabilización y reforma estructural en la argentina (1989/99). In *El Ajuste Estructural en América Latina. Costos Sociales y Alternativas*. Ed. Emir Sader. Buenos Aires: CLACSO.
- García Belsunce, Horacio A. 1982. *Política y Economía en Años Críticos*. Buenos Aires: Editorial Troquel.
- Geddes, Barbara. 1991. A game theoretic model of reform in latin american democracies. *The American Political Science Review* 85 (2): 371-392.
- . 1997. Las políticas de liberalización económica. *Agora*, no. 5:261-282.
- González, Floreal. 1986. *Centro de Estudios Sobre la Libertad: Reseña de sus Actividades Desde su Fundación Hasta la Fecha (1957-1986)*. Buenos Aires: Centro de Estudios sobre la Libertad.

- Griesgraber, Jo Marie. 1994. The international monetary fund and latin america. In *Economic Development Under Democratic Regimes: Neoliberalism in Latin America*. Ed. Lowell Gustafson. Westport: Praeger.
- Gros, Denise B. 2004. Institutos liberales, neoliberalismo e políticas públicas na nova república. *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 19 (54): 143-159.
- Harvey, David. 2003. *The New Imperialism*. Oxford & New York: Oxford University Press.
- . 2005. *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Heredia, Mariana. 2003. Reformas estructurales y renovación de las élites económicas en argentina: Estudio de los portavoces de la tierra y del capital. (Spanish). *Revista Mexicana de Sociología* 65 (1): 77-115. Web.
- . 2004. El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA. In *Empresarios, Tecnócratas y Militares*. Ed. Alfredo Pucciarelli. Buenos Aires: Siglo XXI.
- . 2006. La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de las políticas de alfonsín. In *Los Años de Alfonsín. ¿El Poder de la Democracia o la Democracia del Poder?* Ed. Alfredo Pucciarelli. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Horowitz, Irving L. 1985. The 'rashomon effect'. Ideological proclivities and political dilemmas of the IMF. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 27 (4).
- Huneus Madge, Carlos. 2009. *La Guerra Fría Chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*. Santiago de Chile: Debate.
- Krueger, Anne O. 1974. The political economy of the rent-seeking society. *American Economic Review*, no. 64:291-303.
- . 1992. *Economic Policy Reform in Developing Countries*. Oxford & Cambridge, Mass: B. Blackwell.
- . 2000. *Economic Policy Reform: The Second Stage*. Chicago: University of Chicago Press.
- Locke, John. 1999. *Escritos Monetarios*. Ed. Victoriano Martín. Trans. María Rodríguez Braun and Carlos Olaechea. Clásicos de la Economía. Madrid: Pirámide.
- Lucas, Robert E. and Thomas J. Sargent. 1981. *Rational Expectations and Econometric Practice*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Maciel, Marco. 1989. *Idéias Liberais E Realidade Brasileira*. Rio de Janeiro: José Olympio Editora.
- Magnussen, Anne. 2006. Imagining the dictatorship, argentina 1981 to 1982. *Visual Communication* 5 (3): 323-344.
- McGee Deutsch, Sandra. 2005. *Las Derechas. La Extrema Derecha en la Argentina, Chile y Brasil 1890-1939*. Ed. Noemí M Girbal-Blacha and Julio C Cortés. Colección Convergencia entre Memoria y Sociedad. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Middlebrook, Kevin J., Eds. 2000. *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Morresi, Sergio Daniel. 2007. ¿Más allá del neoliberalismo? Estado y neoliberalismo en los años noventa. In *Las Lentes de Víctor Hugo. Transformaciones Políticas y Desafíos Teóricos en la Argentina Reciente*. Ed. Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione, and Gabriel Vommaro. Buenos Aires: UNGS-Prometeo.
- . 2008a. *La Nueva Derecha Argentina y la Democracia sin Política*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional - UNGS.
- . 2008b. Neoliberales antes del neoliberalismo. In *Política y Variaciones de Escalas en el Análisis de la Argentina*. Ed. Germán Soprano and Sabina Frederic. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes / Prometeo Libros.

- . 2009a. Los compañeros de ruta del proceso. El diálogo político entre las fuerzas armadas y los intelectuales liberal-conservadores. In *XII° Jornadas Interescuelas de Historia*. San Carlos de Bariloche.
- . 2009b. The right democracy. An approach to the relations between the 'new right' and democracy in Argentina. In *21st. World Congress of Political Science*. Santiago de Chile.
- . 2010. El liberalismo conservador y la ideología del proceso de reorganización nacional. *Sociohistórica (En Prensa)*, no. 26.
- Mosley, Paul, Jane Harrigan, and J. F. J. Toye. 1995. *Aid and Power: The World Bank and Policy-Based Lending*. London & New York: Routledge.
- Mussa, Michael. 2002. *Argentina y el FMI: Del Triunfo a la Tragedia*. Buenos Aires: World Publications - Planeta.
- N'Haux, Enrique M. 1993. *Menem-Cavallo: El Poder Mediterráneo*. Buenos Aires: Corregidor.
- Novaro, Marcos and Vicente Palermo, Orgs. 2004. *La Historia Reciente. Argentina en Democracia*. Buenos Aires: Edhasa.
- Nozick, Robert. 1991. *Anarquía, Estado y Utopía*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Nylen, William R. 1993. Selling neoliberalism: Brazil's Instituto Liberal. *Journal of Latin American Studies* 25 (2): 301-311. Web.
- O'Neil Trowbridge, Shannon. 2001. The role of ideas in neoliberal economic reform: The case of Argentina. *Latin American Studies Association*.
- Overtveldt, Johan van. 2006. *The Chicago School: How the University of Chicago Assembled the Thinkers Who Revolutionized Economics and Business*. Chicago: Agate.
- de Pablo, Juan Carlos. 1977. *Los Economistas y la Economía Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Macchi.
- . 1994. *Quién Hubiera Dicho: La Transformación Que Lideraron Menem y Cavallo*. Espejo de la Argentina. Buenos Aires: Planeta.
- Palermo, Vicente and Marcos Novaro. 1996. *Política y Poder en el Gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma.
- Perriau, Jaime. 1970. *Las Generaciones Argentinas*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Pesce, Julieta. 2006. Política y economía durante el primer año del gobierno de Alfonsín. In *Los Años de Alfonsín. ¿El Poder de la Democracia o la Democracia del Poder?* Ed. Alfredo Pucciarelli. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pinedo, Federico. 1946. *En Tiempos de la República*. Buenos Aires: Editorial Mundo Forense.
- Plehwe, Dieter, Bernhard Walpen, and Gisela Neunhöffer, Eds. 2005. *Neoliberal Hegemony: A Global Critique*. Milton Park, Abingdon & New York: Routledge.
- Potash, Robert A. 1986. *Ejército y la Política en la Argentina*. Biblioteca Argentina de Historia y Política. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Przeworski, Adam. 1995. *Democracia y Mercado: Reformas Políticas y Económicas en Europa del Este y América Latina*. London: Cambridge University Press.
- Ramírez, Hernán. 2007. *Corporaciones en el Poder. Institutos Económicos y Acción Política en Brasil y Argentina. IPÊS, FIEL y Fundación Mediterránea*. Buenos Aires: Lenguaje Claro Editora.
- Reeves, Thomas C. 2000. *Twentieth-Century America: A Brief History*. New York: Oxford University Press.
- Rock, David. 2001. *La Derecha Argentina: Nacionalistas, Neoliberales, Militares y Clericales*. Barcelona & Buenos Aires: Javier Vergara.
- Rosende, Francisco, Ed. 2007. *La Escuela de Chicago: Una Mirada Histórica a 50 Años del Convenio Chicago/Universidad Católica. Ensayos en Honor de Arnold C. Harberger*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile. Web.

- Rothbard, Murray Newton. 1970. *Power & Market: Government and the Economy*. Menlo Park: Institute for Humane Studies.
- . 1978. *For a New Liberty: The Libertarian Manifesto*. New York: Collier Books.
- Samuels, Warren J. 1993. *The Chicago School of Political Economy*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Sá Motta, Rodrigo P. 2002. *Em Guarda Contra o Perigo Vermelho: O Anticomunismo no Brasil, 1917-1964*. São Paulo: Editora Perspectiva - FAPESP.
- Sánchez Sañudo, Carlos A. 1969. La planificación en las fuerza armadas y su imposibilidad en la sociedad. In *Derecho, Planificación y Libertad*. Ed. Saturnino Héctor Huici, Carlos A Sánchez Sañudo, and Alberto Benegas Lynch. Buenos Aires: Centro de Estudios sobre la Libertad.
- Schumpeter, Joseph A. 1996. *Capitalismo, Socialismo y Democracia*. Barcelona: Folio.
- Sidicaro, Ricardo. 2002. *Los Tres Peronismos. Estado y Poder Económico 1946-55/1973-76/1989-99*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- . 2006. Sobre algunas consecuencias políticas de la dictadura 1976-1983. In *Argentina 1976-2006. Entre la Sombra de la Dictadura y el Futuro de la Democracia*. Ed. Hugo Quiroga and César Teach. Rosario: Homo Sapiens.
- Stiglitz, Joseph E. 2002. *El Malestar en la Globalización*. Buenos Aires: Taurus.
- Tenembaum, Ernesto. 2004. *Enemigos. Argentina y el FMI: La Apasionante Discusión Entre Un Periodista y Uno de los Hombres Clave del Fondo en los Noventa*. Buenos Aires: Norma.
- Tullock, Gordon. 1988. *Rent Seeking*. Shaftesbury Papers, N°2. Hampshire: Edward Elgar Publishing.
- . 2005. *Public Goods, Redistribution and Rent Seeking*. Cheltenham, UK & Northampton, MA: E. Elgar Pub.
- Túrolo, Carlos M. 1996. *De Isabel a Videla: Los Pliegues del Poder*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Valdés, Juan Gabriel. 1995. *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*. Historical perspectives on modern economics. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- von Hayek, Friedrich August. 1960. *The Constitution of Liberty*. London: Routledge.
- . 1973. *Law, Legislation and Liberty: Rules and Order*. London: Routledge.
- . 1976. *Law, Legislation and Liberty: The Mirage of Social Justice*. Chicago: The University of Chicago Press.
- . 1979. *Law, Legislation and Liberty: The Political Order of a Free People*. London: Routledge.
- . 1981. *Hayek na Unb: Conferências, Comentários E Debates de Um Simpósio Internacional Realizado de 11 a 12 de Maio de 1981*. Brasília, DF: Editora Universidade de Brasília.
- . 1982. Los principios de un orden social liberal. *Estudios Públicos*, no. 6:179-202.
- . 1994. *Hayek on Hayek. An Autobiographical Dialogue*. London: Routledge.
- . 1996. Derecho y ley. *Centro de Estudios Económico-Sociales* 8 (123).
- von Mises, Ludwig. 1996. *Human Action, a Treatise on Economics*. New Haven: Yale University Press.
- Williamson, John. 1994. *The Political Economy of Policy Reform*. Washington, DC: Institute for International Economics.
- Wood, John Cunningham and Ronald N Woods. 1990. *Milton Friedman: Critical Assessments*. Vol. 3 of Critical assessments of contemporary economists. London: Routledge.
- Zinn, Ricardo. 1980. *4 Años Después en la Segunda Fundación de la República*. Buenos Aires: Editorial Pleamar.